

E I A r t e N u e v o

Quizá nunca el arte se había separado tanto del gusto popular como en la época actual.

Fuera de algunos críticos o estudiosos dé la pinutra que se han esforzado por seguir sus pasos, la mayor parte, aun entre gente de elevado nivel cultural en otras materias, se sienten alejados del nuevo mundo artístico tan poco adaptado a un convencional y fácil modo de ver las realidades.

El fenómeno no es nuevo. Los más transcendentales movimientos artísticos no revelaron su completo significado sino al cabo de cierto tiempo.

"El gótico, el barroco, el arte asiático, el primitivo, se revelaron de repente a sí mismos, como nunca se habían revelado a ninguna generación. Todas estas cosas que habían sido miradas por largo tiempo; ahora de pronto, las vemos realmente y aun a través de los muros de una distancia que no pudo ser salvada, se acercan a nosotros inesperadamente transparentes y vemos hasta los más recónditos rincones de su mentalidad y de su alma" (1).

Esta repentina revelación de viejos movimientos artísticos tuvo su origen en el abandono de las teorías del "verismo" del Siglo XIX y en una mayor educación de nuestra percepción estética del arte no naturalista de otras culturas.

Sabemos que los cuadros del Greco fueron rechazados en su época y que sólo hacia 1880 su obra emergió de la oscuridad y fué reconocida en su alto valor artístico. Los críticos participaban de la popular confusión de valores de representación con valores netamente artísticos; pero con el advenimiento de hombres como Courbet, Manet, Degas, Renoir, Cezanne... los observadores críticos comenzaron a ver que forma plástica es algo en sí mismo de más precioso valor artístico que el literalismo en la representación de un motivo.

El arte, al emerger de las más profundas raíces de la sociedad, más que el producto superficial de una época, es el

productor de una nueva era y por lo tanto vive con antelación a nosotros. De ahí nace la dificultad en comprenderlo.

Nuestros ojos se vuelven constantemente a lo pasado o a lo que actualmente nos rodea por sernos familiar y la inercia natural nos dificulta la marcha hacia renovadas posiciones para enfrentar el futuro.

El artista deja la quietud de su estudio para volver hacia la sociedad y transmitir su mensaje. Pero su vuelta encuentra a la sociedad en inequívoca posición para asimilarlo. El artista entonces se convierte en miembro periférico, que vive en la sociedad moderna pero que no es de la sociedad moderna.

El arte actual es el producto de una severa disciplina estética, sobria en sus recursos pero de un gran valor manifiesto.

Esto no indica pobreza o desconocimiento de medios de expresión, pues están patentes todos los logrados esfuerzos de generaciones pasadas en la solución de problemas técnicos: perspectiva, espacio, luz, ritmo, decoración, medios plásticos... Al contrario la severa economía del arte nuevo indica que conoce a fondo el poder expresivo de cada uno de los medios que la tradición ha puesto en sus manos y por lo tanto tiende a usarlos haciéndoles rendir su máximo, cuando con sólida sobriedad los imprime sobre el lienzo. Hay en su proceder una reacción contra lo superficial de nuestra civilización, contra un exceso de ciencia física del color y de la luz que estaba llevando el arte hacia la representación de meros fenómenos externos, desligándolo de las más profundas realidades.

Sinceridad y equilibrio en la integración de los medios plásticos dentro de un claro y determinado designio o plan. Tendencia hacia valores humanos y esenciales con preferencia a una representación literal vacía de significado.

Cuando encontramos estas características estamos seguros de haber hallado el fresco manantial del arte nuevo y no dudamos de clasificarlo como una germinación, una promesa, una visión, aunque lo encontremos rodeado y a veces

(1) Wilhelm Worringer "Art Questions of the Day" en "The Monthly Criterion" Agosto 1927.

mezclado con falsificaciones que son más bien la última etapa de movimientos decadentes.

Si nos encontramos dispuestos a penetrar con serenidad y amplitud de miras en el mundo de renovados horizontes que nos presenta el arte actual, debemos tomar al menos una actitud prudente y no negar por el conocimiento y aprecio de tesoros conocidos, la posibilidad de otros nuevos.

La cortedad de juicio nos incapacitaría para vivir más plenamente al privarnos de un completo desarrollo de nuestras facultades estéticas, por lo tanto humanas. Es un error el ponerse limitaciones voluntarias en un campo tan universal y humano como es el placer estético en la percepción de la belleza artística.

El arte actual ha abierto nuevos derroteros y va fijando en su trayectoria ideas estéticas de gran solidez y sinceridad.

El esfuerzo que haga la civilización actual para comprenderlo se verá recompensado por una relación más íntima entre ésta y el arte nuevo para un desarrollo más orgánico de nuestra cultura y la incompreensión o ruptura de estos dos elementos marcaría un colapso en la

historia del hombre.

El arte nuevo es por otra parte una realidad y no podemos abstraernos a su ni flujo por medio de nuestro voluntario desconocimiento, ni lograremos hacerlo desaparecer con gestos de disgusto o disatisfacción.

El problema del arte nuevo es pues algo que debe enfrentarse con honestidad y sería tomar una actitud irresponsable el encerrarse en el territorio de una herencia cultural estereotipada y sin vida.

El contacto del pensamiento cristiano con el arte nuevo puede infundir en él su definitivo y más profundo significado. Tarea no difícil para nosotros los católicos, mientras trabajemos todos con sinceridad, ya que el arte nuevo tiene sus raíces más hondas, íntimamente conectadas con valores humanos que adquieren su máxima significación dentro de la cultura cristiana.

Este mismo contacto nos ayudará a encontrarnos a nosotros mismos en espíritu de verdad, sobriedad, y tendencia hacia valores permanentes, integración y subordinación de medios a su fin en un ideal desarrollo histórico sobre la tierra dentro de los planes eternos de Dios.

J. M. LASARTE, S. J.

West Baden, Indiana EE. UU., enero de 1951.

(Viene de la pág. 108)

cabal. La que nos sigue, está en gran parte perdida. Entre la juventud estudianta ya ha picado mucho el mismo mal. Pero si desde ahora se pone remedio, podría esperarse que otra ya futura generación reconquiste para sí su propia patria, si es que se llega a tiempo antes que los extranjeros se la hayan apropiado en el orden económico, industrial, etc.

¿Y dónde poner el remedio? En la escuela, en los centros de enseñanza. Si la moral, aunada como debe ir con la religión, se enseña no como mera materia necesaria para dar un examen, sino como curso de capacitación del futuro hombre ante la vida, entonces el concepto de la necesidad y nobleza del trabajo despertará vivo estímulo en los educandos. Y de igual manera la enseñanza de la filosofía, si no se reduce a un mero desfile histórico de sistemas y teorías; y si menos aún se inculcan teorías materialistas y comodonas, sino que por el contrario se enseña al joven a conocer y valorar los problemas de la vida con criterio recto y práctico, entonces ese estudio de la filosofía lejos de aparecer como materia para unos pocos raros que gustan de perder el tiempo, servirá como auténtica preparación y estímulo para la vida de trabajo que espera a todo hombre normal y útil para la Patria.

P. P. B.